

diferencia que hay entre el pensamiento que es pecado mortal ó venial. Lo cual no lo reprehendian en Ignacio porque enseñase cosa falsa, sino porque no habiendo estudiado, se ponía á determinar lo que sin mucha doctrina no se podía bien discernir ni averiguar. A lo cual Ignacio les respondió: «Si es verdad ó no lo que yo acerca desto enseño, vuestro es mirarlo, que para eso os hacen jueces; yo no quiero ser el juez; sólo pido que si es verdad, que se apruebe, y si no, que se repruebe y condene lo que digo.» Mas los jueces, no hallando por qué, no lo osaron reprobar. Venian muchos (como ántes dije) allí á la cárcel, á visitar á Ignacio y á oírle, entre los cuales era uno don Francisco de Mendoza, que despues murió cardenal y obispo de Búrgos. El cual un día, doliéndose de su trabajo, le preguntó si le daba mucha pena el verse preso y en cadenas. Al cual Ignacio respondió: «¿Tan gran mal os parece á vos estar así preso un hombre y aherrojado? Pues yo os digo de verdad que no hay tantos grillos en Salamanca ni tantas cadenas, que no sean más en las que yo deseo verme por amor de mi Señor Jesucristo.» Acaeció en este tiempo que estaban presos, que una noche todos los demas presos se salieron de la cárcel pública y escaparon huyendo, dejándola abierta y tan sola, que solos los compañeros de Ignacio quedaron como por guarda de la casa. Y así, otro día por la mañana fueron hallados ellos solos en la cárcel, las puertas abiertas de par en par. De lo cual no ménos quedaron maravillados que edificados así el juez como toda la ciudad; por lo cual los sacaron de allí, y llevaron á una buena posada. A cabo de veinte y dos días de su prision, fueron llamados ante los jueces para oír la sentencia que se les daba; y en suma fué, que los daban por hombres de vida y doctrina limpia y entera, sin que en ella se hallase mácula ni sospecha, y que pudiesen (como ántes lo hacian) enseñar al pueblo y hablarle de las cosas divinas. Mas que de una sola cosa se guardasen, que era meterse en muchas honduras y declarar la diferencia que hay entre el pecado venial ó mortal, hasta que hubiesen estudiado cuatro años de teología. Leída la sentencia, dijo Ignacio que él la obedecía por el tiempo que estuviese en su jurisdiccion ó distrito. Porque no era justo que no hallándose culpa en su vida ni error en su doctrina, le quisiesen cerrar el camino para ayudar las almas, quitándole la facultad de hablar libremente de las cosas de Dios; y que pues él era libre y señor de sí para ir donde quisiese, él miraría lo que le cumplía.

CAPÍTULO XVI.

Cómo fué á estudiar á la universidad de París.

Desde el primer día que Ignacio se determinó de seguir los estudios, anduvo siempre con gran

solicitud, suspenso y deliberando si acabados los estudios, sería bien tomar el hábito de alguna sagrada religion, ó si quedándose libre, se emplearía todo en aprovechar á las almas, buscando compañeros que en esta santa ocupacion le quisiesen ayudar. Esta duda le tuvo en gran manera perplejo y dudoso. Bien se determinaba en que habiendo de hacerse religioso, entraria en alguna religion que estuviere más apartada de sus fervorosos principios y olvidada de la observancia de sus reglas. Porque por una parte le parecia que quizá sería nuestro Señor servido que aquella religion se reformase con su trabajo y ejemplo, y por otra, que tendria en ella más ocasion de padecer y de sufrir las muchas contradicciones y persecuciones que le vendrian de los que, contentos con solo el nombre y hábito de religiosos, habian de recusar la reformation de la disciplina regular y de su vida religiosa; mas mucho más se inclinaba su corazón á buscar y allegar compañeros para con más comodidad y aparejo emplearse todo en la ayuda espiritual de los prójimos; y ésta al fin fué su resolucion, como cosa y vocacion á la cual el Señor le llamaba; y deste propósito estuvo, áun cuando estaba en la cadena de Salamanca. De la cual luégo que se vido suelto, y consideró los estorbos que allí se le ponian para la ejecucion de su deseo, juzgó que le convenia mudar su asiento de aquella universidad. Y así, se salió della, con harta contradiccion de muchos hombres principales, á los cuales dolía en el alma esta partida. Salió con determinacion de irse á la universidad de París, adonde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció. Tratada pues y acordada la jornada con sus compañeros, se parte Ignacio solo, camino de Barcelona, á pié, llevando un asnillo delante, cargado de libros. Llegado á Barcelona, y tratado su negocio y camino con sus conocidos y devotos (que tenia allí muchos del tiempo pasado), todos con grandes y eficaces razones le desaconsejaron la jornada de París. Poníanle delante el frio muy áspero que hacia, por ser en medio del invierno; la guerra ya rompida y muy sangrienta que habia entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por esta causa estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habian ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas á detener el camino de Ignacio, que se sentia llevar del favorable viento del Espiritu Santo, y que hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad, y en los trabajos descanso. Y así, se dió á caminar por medio de Francia á pié. Y con el favor de Dios, que le guiaba, llegó á París, sano y sin pasar ningún peligro, al principio de Hebrero de mil y quinientos y veinte y ocho.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del trabajo que puso en los estudios, y fruto que sacó dellos.

Llegado Ignacio á la universidad de París, comenzó á pensar con gran cuidado qué manera hallaria para que, descuidado y libre de la necesidad que tenia de la sustentacion corporal, se pudiese del todo emplear en el estudio de las artes liberales. Mas sucedióle muy al revés, porque fué grande la necesidad y molestia que pasó en la prosecucion de sus estudios. Habíanle enviado de España cierta suma de dineros en limosna, y como él era tan amigo de no tener nada, dióla á guardar á un su compañero español (1), con quien posaba, y él se la gastó toda (como le pareció), y gastada, no tuvo de qué pagarle. Y así, Ignacio quedó tan pobre y desprovisto, que se hubo de ir al hospital de Santiago á vivir, donde le fué necesario pedir en limosna de puerta en puerta lo que habia de comer. Lo cual, aunque no le era nuevo (y en pedir como pobre hallaba gusto y consuelo), todavía le era grande embarazo para sus estudios, y especialmente le estorbaba el vivir tan léjos de las escuelas como vivia. Porque comenzándose las liciones en invierno (como es uso en París) ántes del día, y durando las de la tarde hasta ya noche, él, por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, habia de salir á la mañana con sol, y volver á la tarde con sol, y con esto venia á perder buena parte de las liciones. Viendo pues que no aprovechaba en sus estudios como quisiera, y que para tanto trabajo era muy poco el fruto que sacaba, pensó de ponerse á servir á algun amo, que fuese hombre docto y que enseñase filosofia, que era lo que él queria oír, para emplear en estudiar todo el tiempo que le sobrase de su servicio; porque así le parecia que tenia ménos estorbo para aprender, que no estando en el hospital mendigando cada día. Y habiase determinado, si hallaba tal amo, de tenerlo en su corazón en lugar de Cristo nuestro Señor, y á sus discípulos de mirarlos como á los apóstoles. De manera que procuraria de representarse siempre la preferencia de aquel santísimo colegio de Cristo y sus apóstoles, para vivir como quien andaba siempre puesto delante de tales ojos y ejemplo. Y así, dejó nuestro buen padre bien encargado en las reglas que nos dió, que mirásemos siempre á nuestro superior, cualquiera que fuese, como á persona que nos representa á Cristo nuestro Señor, y á los padres y hermanos como á sus santos discípulos. Porque esta consideracion en la comunidad y vida religiosa es de gran fuerza para conservar la reve-

rencia que se debe á los superiores, y para mantener la union y paz que entre sí deben tener unos con otros. Deseaba cumplir lo que el Apóstol manda á los siervos y criados, diciendo: «Los que servís, obedeced á vuestros amos con temor y sencillez de corazón, como al mismo Cristo.» Nunca pudo hallar tal amo, aunque con gran diligencia y por medio de muchas personas le buscó. Y así, por consejo de un amigo suyo religioso, despues de haberlo encomendado á nuestro Señor, tomó otro camino, que lo sucedió mejor. Ibase cada año de París á Flándes, donde entre los mercaderes ricos españoles que trataban en las ciudades de Brujas y Anvers recogia tanta limosna, con que podia pasar pobremamente un año la vida. Y con esta provision se volvía á París, habiendo, con pérdida y trabajo de pocos días, redimido el tiempo que despues le quedaba para estudiar. Por esta via vino á tener los dos primeros años lo que habia menester para su pobre sustento. Y al tercero pasó tambien á Inglaterra, para buscar en Lóndres esta limosna, y hallóla con más abundancia. Pasados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flándes, conocida ya su virtud y devocion, ellos mismos le enviaban cada año su limosna á París, de manera que no tenia necesidad para esto de ir y venir tantas veces. Tambien de España le enviaban sus devotos algun socorro y limosna, con la cual, y con la que le enviaban de Flándes, podia pasar más holgadamente, y áun hacer la costa á otro compañero. Con estos trabajosos principios pasó sus estudios Ignacio. Mas no era sola la pobreza y corporal necesidad la que le estorbaba ir en ellos adelante; porque el demonio, que ya comenzaba á temer á Ignacio, procuraba con todas su fuerzas apartarle del camino que con tanto fervor llevaba en sus estudios. Luégo, comenzando el curso de la filosofia, le quiso engañar con las mismas ilusiones que en Barcelona le habia traído al principio de la gramática, de muchos conceptos y gustos espirituales que se le ofrecian. Mas como ya escarmetado, fácilmente echó de sí aquellas engañosas representaciones, y quebrantó el ímpetu del astuto enemigo de la misma manera que lo habia hecho en Barcelona. Fué tambien muy fatigado de enfermedades, yendo ya al fin de sus estudios, aunque al principio de ellos se halló mejor de sus dolores de estómago. Mas despues el castigo tan áspero y tan continuo de su cuerpo, las penitencias que hacia (las cuales, por hallarse ya mejor de salud, habia acrecentado), el trabajo del estudio con tan poco refrigerio, la grande y perpétua cuenta que traía consigo para irse en todas las cosas á la mano, y el aire de París, que le era muy contrario y malsano.

(1) Borrado.

vinieron á apretarle tanto, que tuvo necesidad, para no perder la vida, de interrumpir el hilo de sus estudios. Mas con todos estos trabajos vino á salir con tanto caudal de doctrina, que dió todo lo que padecía por bien empleado, y no se le hizo mucho á trueque de tanto provecho. En España, por persuasión de algunos que se lo aconsejaron, y por ganar tiempo para más presto ayudar á las ánimas, había confundido el orden de sus estudios, oyendo lógica, filosofía y teología todo en un mismo tiempo; y así, queriendo abarcar mucho, apretó poco, y el querer atajar le fué causa de mucho rodeo y tardanza. Escarmentando, pues, con esta experiencia, se fué poco á poco en París, y ordenó muy bien sus estudios, porque antes de pasar adelante se reformó bien en la lengua latina, oyendo en el colegio que allí dicen de Monte Agudo, de buenos maestros las letras humanas casi dos años; es á saber, desde el principio de Hebrero del año de mil y quinientos y veinte y ocho hasta la renovación de los estudios del año de mil y quinientos y veinte y nueve, que en París se hace el primer día de Octubre, que es la fiesta de San Remigio. En la cual comenzó el curso de artes, y le acabó con mucha loa, y tan bien aprovechado, que recibió el grado de maestro en artes, pasando por el exámen que allí llaman de la piedra, que es de los más rigurosos que en aquella universidad se hace. Púsole en esto su maestro, y él, aunque huía mucho de toda vana ostentación, pasó por ello, por tener de los hombres (para con ellos), con el grado, algún testimonio de su doctrina; acordándose que en Alcalá y en Salamanca sólo este impedimento había hallado para poder libremente ayudar á sus prójimos. Acabado el curso de la filosofía, lo demás del tiempo, hasta el año de mil y quinientos y treinta y cinco, empleó en el estudio de la sagrada teología, favoreciéndole notablemente la misericordia del Señor en la doctrina y erudición que en aquel tiempo alcanzó. No dejaré, pues, viene á propósito, de decir que de las muchas dificultades y trabajos que experimentó en sí mismo al tiempo de los estudios nuestro buen padre, vino á proveer tan sabiamente lo que nosotros para ellos habíamos menester. Del estorbo que tuvo en sus estudios por la pobreza y necesidad temporal, le nació el desear y procurar que mientras los de la Compañía estudian tengan la provisión necesaria para la vida humana. De manera que no les impida de los estudios la solicitud de buscar su mantenimiento. Porque afirmaba que donde hay suma pobreza no es fácil atender al estudio de las ciencias, y que con el cuidado de mantener el cuerpo, se pierde mucho tiempo, que se había de poner en cultivar el entendimiento. Y así, dejó en las constituciones ordenado que los colegios donde los nuestros estudian puedan tener renta en común. La cual no derogada á la santa pobreza, y ayuda mucho á alcanzar la doctrina que para mayor gloria de nuestro Señor se pretende; y porque también él había sido impedido en sus estudios de las devociones y gus-

tos de cosas celestiales, que sin tiempo se le venían al pensamiento y le ocupaban el entendimiento, proveyó que en el tiempo de los estudios los hermanos de la Compañía no se dejen llevar del fervor del espíritu de manera que les desvie de sus ejercicios de letras. Sino que así sus meditaciones y oración como las ocupaciones con los prójimos sean tasadas y medidas con la discreción que aquel tiempo de estudios requiere. Las enfermedades muchas que tuvo le debilitaron y menoscabaron su salud. Por esto tuvo especial cuidado, todo el tiempo de su vida, de la salud de todos sus hijos, y dejó á los superiores muy encomendado en las *Constituciones* que mirasen por ella, y que procurasen que los trabajos de nuestros estudiantes, con la intermisión, pudiesen durar. Vió asimismo que él al principio había abrazado en un mismo tiempo el estudio de muchas facultades juntas, y que esto le había sido muy costoso; y porque no errásemos también nosotros, dejó bien ordenados los tiempos y ocupaciones de los estudios. De manera que ni queden faltos, ni se estudie primero lo que ha de ser postrero, ni se sigan compendios ni atajos, que suelen ser causa de llegar más tarde que cuando se va por el camino real. De suerte que él de lo que padeció y en lo que fué tentado, aprendió por experiencia cómo había de enderezar y ayudar á otros cuando lo son.

Y á este propósito solía él mismo decir la mucha pobreza y trabajos que tuvo en sus estudios, y el gran cuidado con que estudió, y decíalo con mucha razón. Porque primeramente él pasó siempre con gran pobreza, como habemos dicho; y ésta voluntaria, y no tomada por obediencia (como le hacen algunos religiosos), sino de su propia y espontánea voluntad. Lo segundo, acosado y afligido de tantas enfermedades, y tan recias y continuas como se ha visto. Demas desto, no teniendo por blanco ni por fin de sus estudios, ni la riqueza, ni la honra, ni otra ninguna de las cosas temporales, que suelen ser estímulo á los hombres para sus estudios y alentarlos y animarlos en sus trabajos. Tampoco le era alivio lo que á otros le suele dar, que es el gusto que reciben de lo que van aprendiendo; el cual suele ser tan sabroso, que muchas veces por no perderle se pierde la salud y la vida, sin poder los hombres apartarse de sus libros. Mas Ignacio, así por su natural condición, como por su crecida edad en que comenzó los estudios, y también porque había ya gustado de la suavidad de los licores divinos y de la conversacion celestial, no tenía gusto en los estudios ni otro entretenimiento humano que á ellos le convidase. También en todo el tiempo de sus estudios tuvo muchas ocupaciones, persecuciones gravísimas, infinitos cuidados y perplejidades, que le cortaban el hilo de ellos, ó á lo menos se le embarazaban y impedían. Y con todas estas dificultades estudió casi doce años *continuos* (1) con mucho cuidado y solicitud, abnegando á sí mismo y

(1) Borrada esta palabra.

sujetándose á la voluntad del Señor, al cual en todo y por todo deseaba agradar. Y para hacerlo mejor y alcanzar lo que deseaba, procuraba con todas sus fuerzas de cercenar y apartar de sí todo lo que de su parte para ello le podía estorbar. Y así, cuando estudiaba el curso de artes, se concertó con el maestro Fabro que á la hora de estudiar no hablasen cosas de Dios, porque si acaso entraba en alguna plática ó colloquio espiritual, *luégo se arrebataba y se engolfaba tan adentro de la mar, que con el soplo del cielo que le daba, iba navegando de manera* (1), que se le pasaban muchas horas, sin poder volver *atrás* (2), y con esto se perdía el provecho que había de sacar de sus estudios. Y por la misma causa, en este tiempo del curso de la filosofía no quiso ocuparse en dar los ejercicios espirituales, ni en otros negocios que le pudiesen embarazar. Y como en este tiempo tuviese mucha paz, y ninguno le persiguiese, díjole un amigo suyo: «¿No veis, Ignacio, lo que pasa? ¿Qué mudanza es ésta? ¿Después de tan gran tormenta tanta bonanza? Los que poco há os querían tragar vivo y os escupían en la cara, ahora os alaban y os tienen por bueno; ¿qué novedad es ésta?» Al cual respondió Ignacio: «No os maravilleis deso, dejadme acabar el curso, y lo veréis todo al revés; ahora callan porque yo callo, y porque yo estoy quedo están quedos; en queriendo hablar ó hacer algo, luégo se levantará la mar hasta el cielo y bajará hasta los abismos, y parecerá que nos ha de hundir y tragar.» Y así fué como él lo dijo, porque acabado el curso de la filosofía, comenzó á tratar con más calor del aprovechamiento de las ánimas, y luégo se levantó una tormenta grandísima, como en el capítulo siguiente se contará.

CAPÍTULO II.

Cómo por ejercitarse en obras de caridad fué perseguido.

En el tiempo de sus estudios, no solamente se ocupaba Ignacio en estudiar, sino también en mover (como habemos dicho) con su vida, consejos y doctrina á los otros estudiantes, y atraerlos á la imitación de Jesucristo nuestro Señor. Y así, antes que comenzase el curso de la filosofía movió tanto á algunos mozos nobles, ingeniosos y bien enseñados, que desde luégo se desapropiaron de todo cuanto en el mundo tenían, siguiendo el consejo del Evangelio. Y aunque en el mismo curso de las artes no se daba tanto á esta ocupación, por los respetos que en el capítulo precedente contamos, pero acabado el curso, en tanta manera inflamó los ánimos de muchos estudiantes, de los mejores que en aquel tiempo había en la universidad de París, á seguir la perfección evangélica, que cuando Ignacio partió de París, casi todos sus conocidos y devotos, dando de mano al mundo y á todo cuanto

(1) Con lo mucho que Dios se le comunicaba. (Riv.) Se ve por esta y otras enmiendas que el padre Rivadeneira quería huir del lenguaje figurado, á que había propendido en la primera y segunda edición.

(2) Al hilo del estudio comenzado. (Riv.)

dél podían esperar, se acogieron al puerto seguro de la sagrada religión. Porque estaba tan encendido y abrasado con el fuego del amor divino su ánimo de Ignacio, que do quiera que llegaba, fácilmente se empreñaba en los corazones de los otros el mismo fuego que en el suyo ardía. Pero, como la envidia suele ir siempre ladrando tras la virtud, tras las llamas de este fuego se seguía el humo de la contradicción. Y así, se levantaron en París grandes borrascas contra él. Y la causa particular fué ésta. Había en aquella universidad algunos mancebos españoles nobles, los cuales, por la comunicación de Ignacio y movidos con su ejemplo, vinieron á hacer tan gran mudanza en su vida, que habiendo dado todo cuanto tenían á los pobres, andaban mendigando de puerta en puerta; y dejando las compañías que primero tenían y las casas en que moraban, se habían pasado, para vivir como pobres, al hospital de Santiago. Comenzóse á divulgar la fama deste negocio y á esparcirse poco á poco por toda la universidad. De manera que ya no se hablaba de otra cosa, interpretándolo cada uno conforme á su gusto. Los que más se alborotaron y más sentimiento hicieron deste negocio fueron ciertos caballeros españoles, amigos y deudos de aquellos mancebos discípulos de Ignacio. Estos vinieron al hospital de Santiago á buscar á sus amigos, y comenzaron con muy buenas palabras á persuadirles que dejasen aquella vida, tomada por antojo y persuasión de un hombre vano, y que se volvieran á sus casas. Y como no lo pudiesen acabar con ellos, usaron de ruegos, halagos, promesas y amenazas, valiéndose de las armas que les daba el afecto y de todo el artificio que sabían. Pero, como todo él no bastase, dejando las palabras, vinieron á las manos, y con grande ímpetu y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde estaban, y los llevaron á aquella parte de la ciudad donde está la universidad. Y tanto los supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acabarían sus estudios primero, y que después podrían poner por obra sus santos deseos. Y como de estos consejos y nuevo modo de vida se supiese que Ignacio era el autor, no podía dejar de desagradar á los que semejantes obras no agradaban. Entre los otros fué uno el doctor Pedro Ortiz, el cual ya en aquel tiempo florecía en aquella universidad con nombre de insigne letrado. El cual movido con la novedad de la cosa, quiso que se examinase muy de propósito la doctrina y vida de Ignacio, de que tanto por una parte y por otra se decía. Denunciaronle delante del Inquisidor en este tiempo, el cual era un docto y grave teólogo, llamado el maestro Ori, fraile de la orden de Santo Domingo. A éste se fué Ignacio en sabiendo lo que pasaba, sin ser llamado, y sin esperar más, se presentó ante él y díjole que él había oído decir que en aquel tribunal había cierta deposición contra sí, y que ahora fuese verdad, ahora no lo que le habían dicho, quería que supiese su paternidad que él estaba aparejado para dar razón

de sí. Asegúrole el Inquisidor, contándole cómo era verdad que á él habían venido á acusarle, mas que no había de qué tener recelo ninguno ni pena. Otra vez, acabados ya sus estudios, queriendo hacer una jornada que no podía excusar para España, le avisaron que había sido acusado criminalmente ante el Inquisidor, y en sabiéndolo, tampoco aguardó á que le llamasen, sino luego se fué á hablar al juez, y ruegale mucho que tenga por bien de examinar su causa y averiguar la verdad, y pronunciar la sentencia conforme á ella. «Cuando yo, dice, era solo, no me curaba de estas calumnias y murmuraciones; mas ahora que tengo compañeros, estimo en mucho su fama y buen nombre, por lo que toca á la honra de Dios. ¿Cómo puedo yo partirme para España, dejando aquí esparcida tal fama, aunque vana y falsa, contra nuestra doctrina?» Dicele el Inquisidor que no hay contra él acusacion ninguna criminal, mas que algunas niñerías y vanidades le han venido á decir, que nacian ó de ignorancia ó de malicia de los acusadores, y que como él supiese que eran relaciones falsas y chimerías, nunca había querido ni aún hacerle llamar; mas que ya que estaba allí, que le rogaba que le mostrase su libro de los *Ejercicios espirituales*. Diósele Ignacio, y leyóle el buen Inquisidor, y agradóle tanto, que pidió licencia á Ignacio de poderle trasladar para sí, y así lo hizo. Pero, como Ignacio viese que el juez andaba ó disimulando, ó dilatando el publicar la sentencia sobre la causa de que era acusado, porque la verdad no se escureciese con la mentira, lleva un escribano público y testigos ante el Inquisidor, y pídele que si no quiere dar sentencia, á lo ménos le dé fe y testimonio de su inocencia y limpieza, si halla que la puede dar con justicia. El juez se la dió luego como se la pedia, y de esto dió fe el escribano; de lo cual tomó Ignacio un traslado auténtico, para usar dél, si en algun tiempo fuese menester, contra la infamia del falso testimonio que se le había levantado.

CAPÍTULO III.

Cómo le quisieron azotar públicamente en el colegio de Santa Bárbara en París, y de la manera que nuestro Señor le libró.

Habia persuadido Ignacio á muchos de sus discípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites que en virtuosos ejercicios, y que se ocupasen los días de fiesta en santas obras, confesando y comulgando devotamente. De donde venia que ellos en tales días, por acudir á estos devotos ejercicios que les aconsejaba Ignacio, faltaban algunas veces á los de las letras, que en París en los días de fiesta aún no se dejan del todo. Viendo el maestro de Ignacio que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente, y avisó á Ignacio que mirase por sí y no se entremetiese en vidas ajenas, y que no le desasosegase á los estudiantes si no quería tenerle por enemigo. Tres veces fué desto Ignacio amonestado, mas no por eso dejó de llevar adelante su empresa y de convi-

dar á sus condiscipulos á la frecuencia devota de los Santos Sacramentos. Trató esto el maestro con Diego de Gobeá, un doctor teólogo, que era el que gobernaba el colegio de Santa Bárbara, donde Ignacio estudiaba, y era como rector, que allí llaman el principal del colegio; el cual de su parte hizo que el maestro amenazase á Ignacio y que le dijese que le daría una *sala* si no cesaba de desviar á los estudiantes de sus estudios, y traerlos, como los traía, embaucados. Llamán *sala* en París dar un cruel y ejemplar castigo de azotes públicamente, por mano de todos los preceptores que hay en el colegio, convocando á este espectáculo todos los estudiantes que en él hay, en una sala. El cual afrentoso y riguroso castigo no se suele dar sino á personas inquietas y de perniciosas costumbres. No bastó tampoco esta amenaza para que Ignacio alojase en lo comenzado. Quejóse con mucho sentimiento el maestro al doctor Diego de Gobeá, afirmando que Ignacio solo le perturbaba todo su general, y que en són de santidad les quebrantaba los buenos estatutos y costumbres de aquel colegio. Y que habiéndole uno y muchos días avisado, rogándole unas veces, y otras amenazándole en su nombre, había estado siempre tan duro, que nunca había podido acabar con él que se emendase. Estaba ántes desto el doctor Gobeá enojado contra Ignacio por un estudiante español llamado Amador, que por su consejo había dejado el colegio y los estudios y el mundo por seguir desnudo á Cristo desnudo. Irritado pues Gobeá con estas palabras del maestro, y lleno de ira y enojo, determina de hacer en aquél público castigo, como en un alborotador y revolver de la paz y sosiego común; y así, manda que en viviendo Ignacio al colegio se cierran las puertas dél, y á campana tañida se junten todos y le echen mano, y se aparejen las varas con que le han de azotar. No se pudo tomar esta resolución tan secretamente, que no llegase á oídos de algunos amigos de Ignacio, los cuales le avisaron que se guardase. Mas él, lleno de regocijo, no quiso perder tan buena ocasión de padecer, y venciéndose, triunfar de sí mismo. Y así, luego, sin perder punto, vase al colegio, donde le estaba aparejada la ignominia y la cruz. Sintió bien Ignacio que rehusaba su carne la carrera y que perdía el color y temblaba; mas él, hablando consigo mismo, decíale así: «¿Cómo, y contra el aguijón tirais coces? Pues yo os digo, don Asno, que esta vez habeis de salir letrado; yo os haré que sepais bailar.» Y diciendo estas palabras, da consigo en el colegio. Ciérranse las puertas en estando dentro, hacen señal con la campana, acuden todos los condiscipulos, vienen los maestros con sus manojos de varas (con que en París suelen azotar), allégase toda la gente y júntase en el general en que se había de ejecutar esta rigurosa justicia. Fué en aquella hora combatido el ánimo de Ignacio de dos espíritus, que aunque parecían contrarios, ambos se enderezaban á un mismo fin; el amor de Dios, junto con un encendido deseo de

CAPÍTULO IV.

De los compañeros que se le allegaron en París.

Desde el principio que Ignacio se determinó de seguir los estudios, tuvo siempre inclinacion de juntar compañeros que tuviesen el mismo deseo que él de ayudar á la salvacion de las ánimas. Y así, aún cuando en España anduvo tan perseguido y acosado, tenía los compañeros que dijimos que se le habían allegado. Mas como aún no había echado raíces aquella compañía, con la partida de Ignacio para París, luego se secó, deshaciéndose y acabándose fácilmente lo que fácilmente y sin (1) fundamento se había comenzado. Porque escribiéndoles él de París (cuando aún apenas se podía sustentar mendigando) cuán trabajosamente las cosas le sucedían, y cuán flacas esperanzas tenía de poderlos él allí mantener, y encomendándolos á doña Leonor Mascarenas, que (por respeto de Ignacio) mucho los favoreció, se desparcieron, yéndose cada uno por su parte. Al tiempo pues que entró en el estudio de la filosofía Ignacio, vivían á la sazón en el colegio de Santa Bárbara Pedro Fabro, savoyano, y Francisco Javier, navarro, que eran no sólo amigos y condiscipulos, mas aún compañeros en un mismo aposento. Los cuales, aunque ya casi iban al cabo de su curso, recibieron á Ignacio en su compañía, y por aquí comenzó á ganar aquellos mozos en ingenio y doctrina tan excelentes. Especialmente con Fabro tomó estrechísima amistad, y repetía con él las lecciones que había oído; de manera que teniéndole á él por su maestro en la filosofía natural y humana, le vino á tener por discípulo en la espiritual y divina. Y en poco tiempo le ganó tanto con la admiracion de su vida y ejemplo, que determinó de juntar sus estudios y propósito de vida con los estudios y propósito de Ignacio. El cual no extendió luego al principio todas las velas ni usó de todas sus fuerzas para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco á poco y despacio fué procediendo con él. Porque lo primero le enseñó á examinar cada día su conciencia. Luego le hizo hacer una confesion general de toda su vida, y despues le puso en el uso de recibir cada ocho días el Santísimo Sacramento del altar, y al cabo de cuatro años que pasó viviendo desta manera, viéndole ya bien maduro y dispuesto para lo demás, y con muy encendidos deseos de servir perfectamente á Dios, le dió, para acabarle de perfeccionar, los ejercicios espirituales, de los cuales salió Fabro tan aprovechado, que desde entónces le pareció haber salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud, y entrado en el puerto de la paz y descanso, el cual, el mismo Fabro escribe en un libro de sus *Meditaciones* (que yo he visto) que ántes de los ejercicios nunca su ánima había podido hallar. Y en este tiempo se determinó y propuso de seguir de veras á Ignacio. Francisco Javier, aunque era también su compañero de cá-

(1) Y sin tan firme fundamento. (Riv.)

mara, se mostró al principio ménos aficionado á seguirle, mas al fin no pudo resistir á la fuerza del espíritu que hablaba en Ignacio. Y así, vino á entregarse á él y ponerse del todo en sus manos, aunque la ejecucion fué más tarde; porque cuando él tomó esta resolución, habían pasado dias, y estaba ya ocupado en leer el curso de filosofía. Había también venido de Alcalá á París, acabado su curso de artes y graduado en ellas, el maestro Diego Lainez, que era natural de Almazan. Trájele el deseo de estudiar la teología en París y de buscar y ver á Ignacio, al cual en Alcalá había oído alabar por hombre de grande santidad y penitencia. Y quiso Dios que fué Ignacio el primero con quien, entrando en París, encontró Lainez, y en breve tiempo se le dió á conocer, y trabaron familiar conversacion y amistad. Vino también con Lainez, de Alcalá, Alonso de Salmeron, toledano, que era más mozo, pero ambos eran mancebos de singular habilidad y grandes esperanzas. A los cuales dió Ignacio los ejercicios espirituales en el mismo tiempo que los hizo Pedro Fabro, y por ellos se determinaron de seguirle. Y desta manera se le fueron despues allegando Simon Rodriguez, portugueses, y Nicolas de Bovadilla, que es de cerca de Palencia. Los cuales, todos siete, acabado su curso de filosofía, y habiendo recibido el grado de maestros, y estudiando ya teología, el año de mil y quinientos y treinta y cuatro, día de la Asuncion de nuestra Señora, se fueron á la iglesia de la misma Reina de los ángeles, llamada *Mons Martyrum*, que quiere decir el Monte de los Mártires (1), que está una legua de París. Y allí, despues de haberse confesado y recibido el Santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, todos hicieron voto de dejar para un día que señalaron todo cuanto tenían, sin reservarse más que el viático necesario para el camino hasta Venecia. Y también hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prójimos y de ir en peregrinacion á Hierusalén, con tal condicion que llegados á Venecia, un año entero esperasen la navegacion, y hallando en este año pasaje, fuesen á Hierusalén, y idos, procurasen de quedarse y vivir siempre en aquellos santos lugares. Mas si no pudiesen en un año pasar, ó habiendo visitado los santos lugares, no pudiesen quedarse en Hierusalén, que en tal caso se viniesen á Roma, y postrados á los piés del Sumo Pontífice, vicario de Cristo nuestro Señor, se le ofreciesen, para que su Santidad dispusiese de ellos libremente donde quisiese para bien y salud de las almas. Y de aquí tuvo origen el cuarto voto de las misiones que nosotros ofrecemos al Sumo Pontífice cuando hacemos profesion en la Compañía. Y estos mismos votos tornaron á confirmar otros dos años siguientes, en el mismo día de la Asuncion de nuestra Señora y en la misma iglesia y con las mismas ceremonias. De donde también tuvo origen el renovar de los votos que usa la Compañía ántes

(1) Montmartre.

de la profesion. En el espacio de tiempo destes dos años se le juntaron otros tres compañeros teólogos, llamados Claudio Yayo, saboyano, Juan Coduri, provenzal, y Pascasio Broet, también frances, de la provincia de Picardía; y así, llegaron á ser diez todos, aunque de tan diferentes naciones, de un mismo corazón y voluntad. Y porque la ocupacion de los estudios de tal manera se continuase, que no entibiase la devocion y fervor del espíritu, los armaba Ignacio con la oracion y meditacion cotidiana de las cosas divinas y juntamente con la frecuente confesion y comunión. Mas no por esto cesaba la disputa y conferencia ordinaria de los estudios, que como eran por una parte de letras sagradas y teología, y por otra tomados por puro amor de Dios, ayudaban á la devocion y espíritu. Ibanse criando con esto en sus corazones unos ardientes é inflamados deseos de dedicarse todos á Dios, y el voto que tenían hecho, el cual renovaban cada año, de perpétua pobreza. El verse y conversarse cada día familiarmente, el conservarse en una suavísima paz, concordia y amor y comunicacion de todas sus cosas y corazones, los entretenía y animaba para ir delante en sus buenos propósitos. Y áun acostumbraban, á imitacion de los santos padres antiguos, convidarse segun su pobreza los unos á los otros, y tomar esto por ocasion para tratar entre sí de cosas espirituales, exhortándose al desprecio del siglo y al deseo de las cosas celestiales. Las cuales ocupaciones fueron tan eficaces, que en todo aquel tiempo que para concluir sus estudios se detuvieron en París, no solamente no se entibió ni disminuyó aquel su fervoroso deseo de la perfeccion, mas ántes con señalado aumento iba creciendo de día en día.

CAPÍTULO V.

Cómo se partió de París para España, y de España para Italia.

Andaba en este tiempo Ignacio tan fatigado de cruelísimos dolores de estómago, y con la salud tan quebrantada, y tan sin esperanza de remedio humano, que fué forzado, por consejo de los médicos y ruego de sus compañeros, partirse para España, á probar si la mudanza de los aires naturales (que sin duda son más sanos que los de París) bastarian á sanarle, ó á lo ménos á darle alguna mejoría y alivio. Y para que Ignacio, que tenía en poco su salud, viniese bien en querer hacer esta jornada, juntó nuestro Señor otra causa, que fué el tener algunos de sus compañeros negocios tales en España, que para su sosiego y quietud convenia que Ignacio se los desenvolviese y acabase. Dieron pues en sus cosas esta traza, el año de mil y quinientos y treinta y cinco: que Ignacio se partiese á España, y habiendo en su tierra cobrado fuerzas, se fuese á concluir los negocios de los compañeros que dejaba en París, y que de España se vaya á Venecia, y allí los aguarde, y que ellos se entretengan en sus estudios en París hasta el día de la Conversion de san Pablo, que es á veinte y cinco de Enero, del año de mil y quinientos y treinta y siete. Y aquel día

se pongan en camino para Venecia, para que allí se junten con Ignacio, á dar órden en la pasada para Hierusalén. Partióse Ignacio, conforme á lo que había concertado, camino de España, en una cabalgadura que le compraron los compañeros; porque su gran flaqueza no le daba lugar de ir á pié. Llegó á su tierra más recio de lo que salió de París. Antes que llegase tuvieron nueva de su venida, y salieronle á recibir todos los clérigos del pueblo; mas nunca se pudo acabar con él que fuese á posar á casa de su hermano, ni quiso otra morada que la de los pobres, que es el hospital. Comenzó á pedir limosna de puerta en puerta para sustentarse, contra toda voluntad de su hermano mayor, que en esto le iba á la mano cuanto podia. Y queriendo enseñar la doctrina cristiana á los niños, por desviarle también desta voluntad, le decia su hermano que vernian pocos oyentes á oírle; al cual respondió Ignacio: «Si solo un niño viene á oír la doctrina, lo terné yo por un excelente auditorio para mí.» Y así, no haciendo caso de la contradiccion que con humana prudencia su hermano le hacia, comenzó á enseñar la doctrina cristiana, á la cual, pasados pocos dias, ya su mismo hermano venia con grande muchedumbre de oyentes. Mas á los sermones que predicaba todos los domingos y algunos dias de fiesta entre semana con notable fruto, era tanto el concurso de la gente que de muchos pueblos de toda aquella provincia acudia á oírle, movida de la fama de sus cosas, que le era forzado, por no caber en los templos, irse á predicar á los campos, y los que concurrían, para poderle ver y oír se subían en los árboles. Sacó Dios tanto fruto de su ida, al tiempo que estuvo en su tierra, juntándose á la doctrina el ejemplo de vida y prudencia del predicador, que se corrigieron muchos errores y se desarraigaron muchos vicios que hasta en los eclesiásticos se habían entrado, y con la mala y envejecida costumbre se habían apoderado de manera, que no reparaban ya los hombres en ellos, porque tenían nombre de virtud. Dejóles puestas muchas órdenes que para la paz y buen gobierno de la vida política y para el buen ser y aumento de la religion cristiana parecían necesarias. Entre otras cosas, procuró que los gobernadores y jueces hiciesen rigurosas leyes contra el juego y contra la disolucion y deshonestidad de los sacerdotes. Porque, siendo uso antiguo de la provincia que las doncellas anden en caballo y sin ningun tocado, había algunas que con mal ejemplo y grande escándalo, viviendo deshonestamente con algunos clérigos, se tocaban sus cabezas, ni más ni ménos que si fueran legítimas mujeres de aquellos con quien vivían en pecado, y guardábanles la fe y lealtad como á los propios maridos se debe guardar. Este sacrilego abuso, procuró Ignacio con todas sus fuerzas que se extirpase de aquella tierra, y negoció cómo se proveyese á los pobres del mantenimiento necesario, y que se tocase la campana á hacer oracion tres veces al día: á la mañana, al mediodía y á la tarde, y que se hiciese particu-

lar oracion por los que están en pecado mortal; y habiendo en estas y en otras semejantes cosas dado la órden y asiento que convenia, y cobrado las fuerzas necesarias para ponerse en camino (porque también en su tierra le apretó una enfermedad), se partió para concluir los negocios de sus compañeros; mas, como quisiese ir á pié y sin viático ninguno, de aquí le nació otra contienda con su hermano; porque, como ántes el hermano había tenido por grande afrenta que su hermano, no haciendo caso dél, se hubiese ido á vivir despreciado y abjecto entre los pobres, y en sus ojos hubiese andado á pedir limosna en su tierra; para remediar este desman y menoscabo de su reputacion (que así suele llamar la prudencia de la carne á las cosas de Dios), importunóle muy ahincadamente que quisiese ir á caballo y proveido de dineros y acompañado. Y por aplacar á su hermano y dejarle gustoso, y librarse presto dél y de los otros sus parientes, aceptó Ignacio lo que su hermano le ofrecia; pero en saliendo de Guipúzcoa, luego hurtó el cuerpo á los que le acompañaban y dejó el caballo, y á pié y solo y sin dineros, pidiendo limosna, se fué á Pamplona. De allí pasó á Almazan y Sigüenza y Toledo, porque en todos estos lugares había de dar órden en las cosas que de sus compañeros traía encargadas. Y habiéndolas bien despachado, y no habiendo querido recibir dinero ni otra ninguna cosa de las muchas que le ofrecían los padres de sus compañeros, se partió á Valencia, y allí se embarcó en una nave, aunque contra la voluntad y consejo de sus amigos, que le decían el gran peligro que había en pasar en aquella sazón el mar Mediterráneo, por tener Barbaroja, famoso cosario, y capitán del Gran Tureo, tomados los pasos de aquella navegacion; y aunque le guardó la divina Providencia de los cosarios, no le faltaron los peligros del mismo mar; porque se levantó una tan brava tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento, y perdidas muchas jarcias y obras muertas de la nave, pareciéndoles ser su hora llegada, se aparejaban todos á morir. En este trance y tan peligroso punto examinaba su conciencia Ignacio, y escudriñaba los rincones de su alma, y cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, él no podia hallar en sí temor ninguno. Sólo le daba pena parecerle que no había enteramente hasta entónces respondido á los toques y dones de Dios; acusábase en su conciencia que de tantos beneficios, y con tan larga mano ofrecidos de nuestro Señor, no se hubiese sabido aprovechar con aquel agradecimiento y cuidado la constancia que debía, para bien de su alma y de las de sus prójimos. Pasado este peligro, llegó á Génova, y de ahí, con otro grandísimo y gravísimo de la vida, á Bolonia, porque caminando solo por la haldia de los Alpes, perdió el camino, y de paso en paso se vino á embrenar en un altísimo y muy estrecho despeñadero, que venia á dar en la raudal corriente de un río que de un monte se despeñaba. Hallóse en tan grande apretura y conflicto, que yo le oi decir

que habia sido aquel el mayor que habia pasado en su vida; porque, sin poder pasar adelante ni saber volver atras, do quiera que volvía los ojos no veía sino espantosas alturas y despeñaderos horribles, y debajo la hondura y profundidad de un rio muy arrebatado; mas al fin, por la misericordia de Dios, salió deste peligro yendo un gran rato el pecho por tierra, caminando á gatas, más sobre las manos que sobre los piés. A la entrada de la ciudad de Bolonia cayó de una portezuela (que habia de madera) abajo en la cava, de donde salió todo sucio y enlodado, y no sin risa y escarnio de los que le veían. Entrando desta manera en la ciudad, y rodeándola toda pidiendo limosna, no halló quien le diese una blanca ni un bocado de pan; lo cual es cosa de maravillarse en una tan rica y tan grande y caritativa ciudad; pero suele Dios á las veces probar desta manera á los suyos. Allí cayó enfermo de los trabajos pasados; mas sanó presto, y prosiguiendo su camino, llegó á Venecia, donde aguardó á sus compañeros, como lo habian en París concertado.

CAPÍTULO VI.

Cómo fué acusado en Venecia, y se declaró su inocencia.

No estuvo ocioso Ignacio en Venecia el tiempo que aguardaba á sus compañeros; antes se ocupaba con todo cuidado, como era su costumbre, en el aprovechamiento de sus prójimos; y así, movió algunos á seguir los consejos de nuestro Señor en el camino de la perfección. Entre los cuales fueron dos hermanos navarros, hombres honrados y ya entrados en edad, los cuales, volviendo de Hierusalén (donde habian ido en peregrinación), toparon en Venecia con Ignacio, á quien ántes habian ya conocido y tratado familiarmente en Alcalá. Estos se llamaban Estéban y Diego de Eguia, que despues entraron y murieron santamente en Roma, en la Compañía. También fué uno de los que aquí se movieron, un español llamado el bachiller Hoeres, hombre de letras y de buena vida, el cual, aunque se aficionó mucho á la virtud y doctrina que en Ignacio se veía, pero no osaba del todo fiarse dél y ponerse en sus manos, porque habia oído decir muchas cosas de Ignacio, ó maliciosamente fingidas de los maldicientes, ó imprudentemente creídas de los ignorantes. Mas en fin pudo tanto Ignacio, que le inclinó á hacer los ejercicios espirituales, en los cuales, aunque entró al principio dudoso y áun temeroso, despues los abrazó con entera voluntad y confianza; porque luego que se recogió á darse á la meditación y oración, encerró consigo muchos libros de teología, temiendo no se le entrase sin sentir algun error, para que ayudándose dellos, pudiese más fácilmente descubrirle, si se le quisiese enseñar. Mas salió tan desengañado y aprovechado dellos, que trocado el recelo en amor entrañable, vino á serle muy verdadero y fiel compañero, y puesto en la cuenta de los diez primeros que tuvo Ignacio. También tuvo en Venecia comunicacion con don Juan Pe-

dro Garrafa, que despues fué papa Paulo IV. El cual, dejando el arzobispado de Chete, se acompañó con don Gaetano, de Vincencia, y don Bonifacio, piemontes, y don Paulo, romano, hombres nobles y de buena vida, que dieron principio á la religion que vulgarmente se llama de los Teatinos; porque el Arzobispo de Chete (que en la lengua latina llaman Teatino) fué, como habemos dicho, uno de sus fundadores, y en sangre, letras, dignidad y autoridad el más principal de todos. Y desta ocasion, por error del vulgo, se vino á llamar nuestra religion de los *Teatinos*, que este nombre nos dan algunos por engaño. En el cual no es maravilla que haya caído la gente comun; porque, como nuestra religion y aquella entrambas sean de clérigos reglares, y fundadas casi en un mismo tiempo, y en el hábito no muy desemejantes, el vulgo ignorante puso á los nuestros el nombre que no era nuestro, no sólo en Roma (donde comenzó este engaño), mas tambien en otras tierras y provincias apartadas. Dió tambien Ignacio los ejercicios espirituales en Venecia á algunos caballeros de aquel clarísimo senado, ayudándolos con su consejo á seguir el camino de la virtud cristiana. Mas no faltaron otros que por envidia ó por estar mal informados, publicaron por la ciudad que era un hombre fugitivo, y que en España habia estado muchas veces preso, y que habiéndole quemado su estatua, se vino huyendo, y que ni áun en París habia podido estar seguro, sino que se hubo de salir huyendo para escapar la vida. Vino la cosa á términos, que se averiguó este negocio por tela de juicio, y así se hizo diligente pesquisa de su vida y costumbres. Mas, como esto se fundaba en falsedad, luego se cayó todo; porque, como ya Ignacio miraba por la fama de sus compañeros más que habia mirado por la suya, no paró hasta que el nuncio apostólico que entonces estaba en Venecia, llamado Hierónimo Veralo, declaró la verdad por su sentencia, en la cual de la entereza de vida y doctrina de Ignacio da claro y muy illustre testimonio, como se ve en la misma sentencia original, que hoy dia tenemos en Roma.

CAPÍTULO VII.

Cómo los compañeros de Ignacio le vinieron á buscar de París á Italia.

Mientras que Ignacio esperaba en Venecia la venida de sus compañeros, se encendió nueva guerra (1) en Francia, entrando en ella con poderoso ejército, por la parte de la Provenza, el católico emperador don Carlos, por lo cual los compañeros de Ignacio, que habian quedado de acuerdo de partir de París en su demanda el dia de la Conversion de San Pablo del año de mil y quinientos y treinta y siete, fueron forzados de anticipar su salida, huyendo la turbacion y peligro de la guerra; y así, partieron de París á quince de Noviembre de mil y

(1) El padre Rivadeneira enmendaba entre el católico emperador don Carlos y el Rey de Francia; pero al cabo lo dejó como estaba.

quinientos y treinta y seis, y su camino era desta manera: iban todos á pié, vestidos pobremente, cada uno cargado de los cartapacios y escriptos de sus estudios. Los tres que solo eran sacerdotes, conviene á saber, Pedro Fabro, Claudio Yayo y Pascasio Broet, decían cada dia misa, y los otros seis recibían el Santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro Señor, armándose con el pan de la vida contra los grandes trabajos y dificultades de aquella su larga y peligrosa jornada. Por la mañana al salir de la posada, y por la tarde al entrar en ella, era su primero y principal cuidado hacer alguna breve oración, y ésta acabada, por el camino se seguía la meditación, y tras ella, razonaban de cosas divinas y espirituales. El comer era siempre muy medido y como de pobres. Cuando consultaban si sería bien hacer alguna cosa ó no, seguían con mucha paz y concordia todos lo que parecia á la mayor parte. Lloviéles cada dia por Francia, y atravesaron la alta Alemania en la mayor fuerza del invierno, que en aquella region septentrional era muy áspero y extremado de frio; pero venia todas estas dificultades, tan nuevas para ellos y desusadas, el espiritual contentamiento y regocijo que tenían sus ánimas de ver por quién y para qué las pasaban. Y dellas, y de los peligros que en semejantes caminos (mayormente á los pobres y extrangeros) suelen suceder, los libró con su misericordia la Providencia divina. No dejaré de decir cómo el mismo dia que salieron de París, maravillados algunos de ver el nuevo traje, el número, y el modo de caminar destes nuestros primeros padres, preguntaron á un labrador, que de hito en hito estaba mirando, si sabia qué gente era aquella, y el rústico, movido no sé con qué espíritu, respondió en frances: *Mosiurs les reformateurs, ils vant reformer quelque pais*. Que es como decir: Son los señores reformadores, que van á reformar algun pais. Llegaron, en fin, á Venecia, á ocho de Enero del año de mil y quinientos y treinta y siete, y allí hallaron á Ignacio, que los aguardaba, juntamente con el otro sacerdote que dijimos que se le habia llegado, y con singular alegría se recibieron los unos á los otros. Mas porque áun no era buena sazón de ir á Roma á pedir la bendición del Papa para ir á Hierusalén, dando de mano á todas las otras cosas, determinaron de repartirse por los hospitales, y los cinco dellos se fueron al hospital de San Juan y San Pablo, y los otros cinco al hospital de los incurables. Aquí comenzaron á ejercitarse con singular caridad y diligencia en los más bajos y viles oficios que habia, y á consolar y ayudar á los pobres en todo lo que tocaba á la salud de sus almas y de sus cuerpos, con tanto ejemplo de humildad y menosprecio del mundo, que daba á todos los que los veían grande admiración. Señalábase entre todos Francisco Javier en la caridad y misericordia con los pobres y en la entera y perfecta victoria de sí mismo, porque no contento de hacer todos los oficios asquerosos que se podían imaginar, por vencer perfectamente el horror y asco que

tenía, lamia y chupaba algunas veces las llagas llenas de materia á los pobres. Tales fueron los principios deste varon de Dios, y conforme á ellos fué su progreso y su fin, como adelante se dirá. Echaban entonces nuestros padres los cimientos de las probaciones que habia de hacer despues la Compañía. Así estuvieron hasta mediada cuaresma, que partieron para Roma, quedando Ignacio solo en Venecia, por parecer que así convenia al divino servicio. El modo de caminar era éste: ibanse de tres en tres, dos legos y un sacerdote, y siempre mezclados españoles con franceses ó saboyanos. Decían cada dia misa los sacerdotes, y los que no lo eran recibían el Santísimo Cuerpo de nuestro Señor. Iban á pié, y ayunaban todos los dias, porque era cuaresma, y no comían otra cosa sino lo que hallaban por amor de Dios; y era la limosna tan flaca, que muchas veces pasaban sus ayunos y el trabajo del camino comiendo solo pan y bebiendo sola agua; y así fué necesario que padeciesen nuestros padres en esta peregrinacion extraordinarios trabajos; y un domingo les aconteció que habiendo tomado no más que sendos bocados de pan por la mañana, descalzos los piés, caminaron veinte y ocho millas de aquella tierra, que vienen á ser más de nueve leguas de las nuestras, lloviéndoles todo el dia reciamente, y hallando los caminos hechos lagunas de agua en tanto grado, que á ratos les daba el agua á los pechos, y con esto sentían en sí un contento y gozo admirable; y considerando que pasaban aquellas fatigas por amor de Dios, le daban infinitas gracias, cantando á versos los salmos de David; y áun el maestro Juan Coduri, que llevaba las piernas cubiertas de sarna, con el trabajo deste dia quedó sano. Así que, si los trabajos de nuestros padres en este camino fueron grandes, no fueron menores los regalos que recibieron de la divina y liberal mano del Señor, por quien los padecían. Hallóse en Roma, cuando allí llegaron, el doctor Pedro Ortiz, que por mandado del emperador don Carlos trataba delante del Papa la causa matrimonial de la reina de Inglaterra, doña Catalina, tia del Emperador, la cual Enrique VIII, su marido, habia dejado por casarse con Anna Bolemia (1), de cuya hermosura torpemente se habia aficionado. Era este doctor Ortiz el que en París habia mostrado á Ignacio tan poca voluntad como ya vimos. Mas como llegaron á Roma los compañeros, movido con espíritu de Dios (cuando ellos ménos este oficio esperaban) los acogió con grandes muestras de amor y los llevó al Sumo Pontífice, encomendándole su virtud, letras é intencion de servir á Dios en cosas grandes. Recibió, luego como los vió Paulo III, una extraña alegría, y mandó que aquel mismo dia disputasen delante dél una cuestion de teología que se les propuso. Dióles benignamente licencia para ir á Hierusalén, y su bendición y una limosna de sesenta ducados,

(1) Debe ser errata de imprenta por *Bolema*; con todo, en la segunda edicion tambien dice *Bolema*; en la quinta y última, *Bolema*.